

Alessandro Gatti
Davide Morosinotto

EL CASO DE LAS SALCHICHAS DESAPARECIDAS

Ilustraciones de
Stefano Turconi

Traducción de Andrés Prieto



laGalera



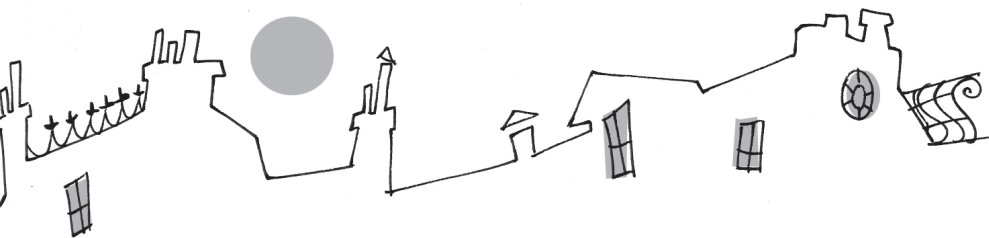
Capítulo 1

Felinos en la feria

En París hay un día del año que es más feliz que Navidad, más divertido que carnaval y más alegre que el primer día de vacaciones. Esa jornada tan especial llega a mediados de marzo, cuando en el mercado cubierto del Carreau du Temple comienza la gran feria de París.

Un lugar increíble y lleno de maravillas, con cuatro pabellones enormes que acogen productos de todo tipo, desde vestidos elegantes hasta las antiguallas más polvorientas.

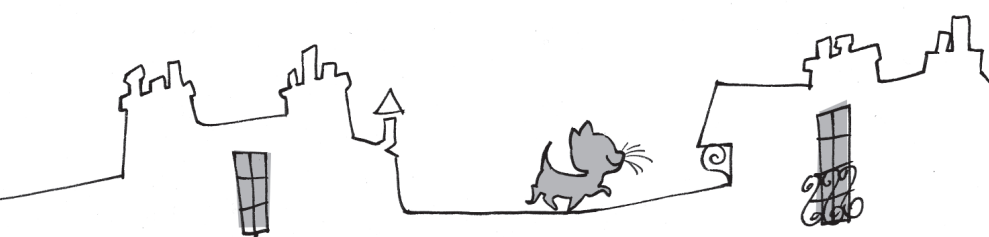
—A mí me parece que exageras —maulló Jo-



sephine, una espabilada gatita siamesa con el pelo del color de la leche.

–¡Yo nunca exagero! ¡Jamás, en toda mi vida de felino! –le contestó (exagerando un poco, en efecto) Dodó el Marsellés, un gato vagabundo con una cicatriz en el ojo derecho y la cola medio pelada–. La feria de París es el acontecimiento más señalado del año: ¡haz caso de las palabras del viejo Dodó! El año pasado, Fofi Colatorcida, el gato vagabundo de la orilla del Sena, mangó en la feria un salmónete a la papillote tan delicioso que todavía hoy habla de él. Y qué decir de Felouche el Bizco y de las cosas tan increíbles que cuenta...

Mientras Dodó se perdía en su charlatanería, Josephine y él se agarraban con sus afiladísimas zarpas al techo de un viejo tranvía. El vehículo rechinaba a toda máquina precisamente camino de la feria y, puesto que el

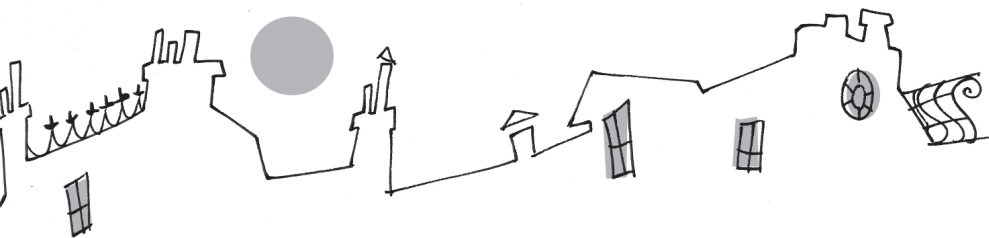


día era ventoso, los dos felinos tenían que estar muy atentos para no salir proyectados y rodar por la acera.

Cuando entraron en el tranquilo barrio del Marais, el conductor activó el freno del tranvía. El vehículo de madera se detuvo con un chirrido ensordecedor y un chisporroteo en los raíles.

Dodó y Josephine aprovecharon para saltar del tranvía con una atlética cabriola y, dando saltitos, se dirigieron hacia la marquesina, donde otros dos gatos los esperaban enroscados en la acera.

El primero era un felino imponente, con el pelo reluciente y negro (excepto unas cuantas manchas blancas por aquí y por allá) y unos largos bigotes muy elegantes. El segundo, en cambio, era prácticamente un cachorro y tenía el pelaje a rayas.



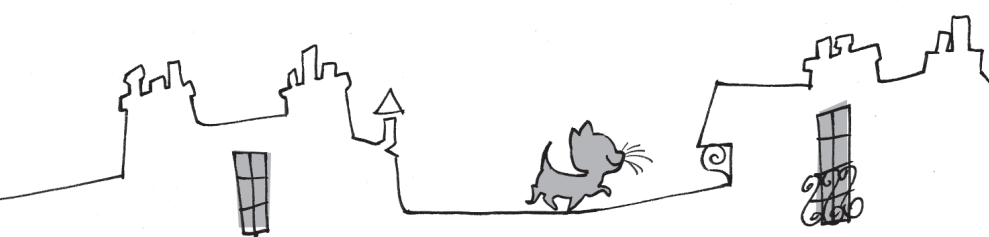
—¡Por fin habéis llegado! —exclamó el gatizo, que se llamaba Mister Moonlight y hacía pocos años que había llegado a Francia en barco, ni más ni menos que de la lejana América.

—Gracias a dios... —murmuró desperezándose el gatito que estaba a su lado, llamado Ponpon—. ¿Cómo es que habéis tardado tanto?

—Ha sido culpa de Dodó —le aclaró enseguida Josephine—. Con tanto hablar de la feria me ha puesto la cabeza como un bombo y hemos perdido el tranvía anterior...

—Será por eso —cortó el tema el Marsellés—. Ahora, sin embargo, ¡seguidme y después vosotros mismos me diréis si no es una auténtica maravilla!

El Carreau du Temple, a la entrada de la feria, era un edificio inmenso, con el tejado a



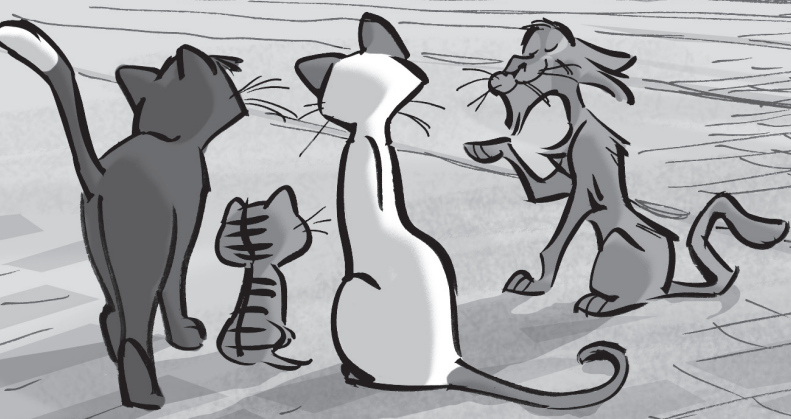
dos aguas y unas grandes arcadas que decoraban la fachada. Era completamente de hierro y cristal, con altas columnas y grandes ventanales. Delante de la puerta había colgado un cartel enorme escrito con letras elegantes y sinuosas:

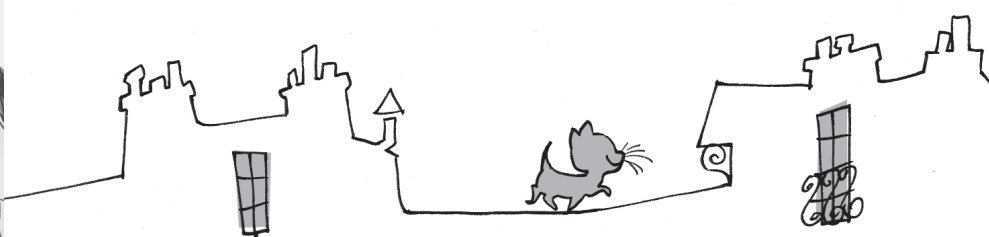
FERIA DE PARÍS
¡HOY, GRAN INAUGURACIÓN!

Una multitud compacta de parisinos todavía medio dormidos se congregaba ante la puerta.

Por suerte, los gatos no tenían que esperar y, con su calmoso paso felino, deslizándose entre los pies y las piernas de los humanos, se colaron en el interior sin muchos problemas.

Después de vagar un rato por todas partes, los gatos tuvieron que darle la razón a Dodó:





la feria estaba llena de productos de mil y un colores, curiosidades llegadas de los cuatro rincones del mundo y objetos extravagantes nunca vistos. ¡Y los había para todos los gustos!

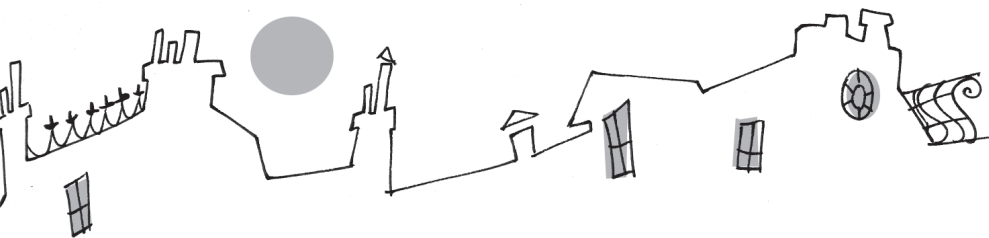
—¡Mirad! —maulló Moonlight, apuntando la cola hacia la derecha—. ¡Butacas de Bellangé! ¡Son las más cómodas, elegantes y mullidas del mundo!

Con dos saltos, esquivó a un vendedor panzudo y se repantingó en la butaca más grande y blanda de todas, que parecía una especie de trono imperial.

Moonlight se puso a ronronear un poco, completamente satisfecho.

—Ah, si Bonnet pudiese comprar una...

Olivier Bonnet, pintor, era el «amoalimentador» de Moonlight, es decir, el humano que compartía con él un pisito en el barrio de

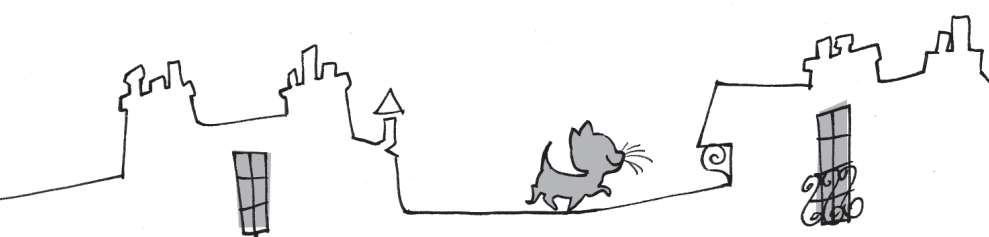


Montmartre. Por desgracia era un artista desconocido, nunca tenía ni cinco en el bolsillo y a duras penas habría podido comprar una vieja silla de paja a un traperero... ¡Imaginad, entonces, una butaca de Bellangé!

Mientras tanto, Dodó seguía su refinadísimo olfato de gato vagabundo porque había notado un olorcillo delicioso. De golpe se detuvo en medio de la multitud y, llenándose el hocico del aroma, cerró los ojos con aire extasiado. No había duda: aquel olor tan bueno no podía ser otra cosa que...

—¡Bullabesa! —murmuró para sí mismo—. ¡Gatáspita, es el olor de la famosa sopa de pescado típica de Marsella, mi ciudad! ¡No como ninguna desde que era una bola de pelo!

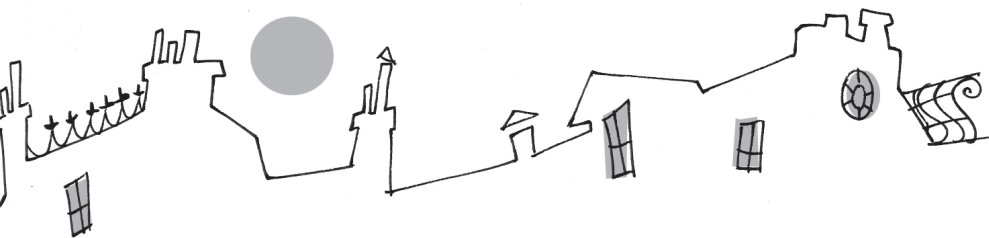
El gato arrancó a correr hacia un pequeño pabellón donde tres marseleses flacos como fideos trabajaban alrededor de una gran cal-



dera llena a rebosar de bullabesa hirviendo. El primero removía la sopa, el segundo la vertía en unos pequeños boles y el tercero cobraba a los clientes.

Dodó, como buen gato vagabundo, no tenía ni una moneda, pero eso no le preocupaba lo más mínimo. Así, con un vistazo a su alrededor, en un santiamén encontró lo que buscaba: el puesto del chocolatero que estaba junto al de los marselleses tenía un tejado bajo e inclinado, y el minino, después de un par de rápidos saltos, se subió en lo alto y esperó allí.

En el momento en que un nuevo cliente recibía una ración de sopa caliente, Dodó estiró una pata, atrapó al vuelo un langostino y se lo metió en la boca. Entonces se puso a correr a toda velocidad, mientras los marselleses gritaban hechos una furia.



Josephine, en cambio, se había acercado sin decir nada a un carrito de madera con ruedas lleno hasta arriba de flores de Grasse, una preciosa localidad francesa de donde provienen los perfumes con más renombre del mundo.

Mister Moonlight apareció de repente a su lado.

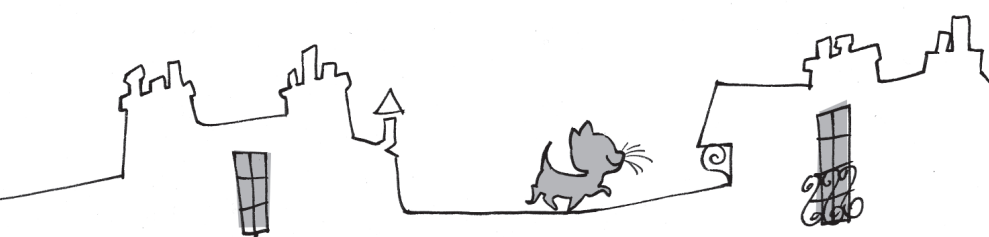
—Bella dama, ¿me permitís que os ofrezca una de estas flores? Es lo mínimo que puede hacer todo un gentilgato como yo...

—Todo un empalagogato, si acaso —maulló Dodó, acercándose a ellos de un salto—. ¡Yo le regalaré las flores a Josephine!

Mister Moonlight exhibió las largas zarpas relucientes de sus patas:

—¡Fuera de aquí, yo había llegado antes!

Dodó erizó el pelaje de la espalda, preparándose para la riña.



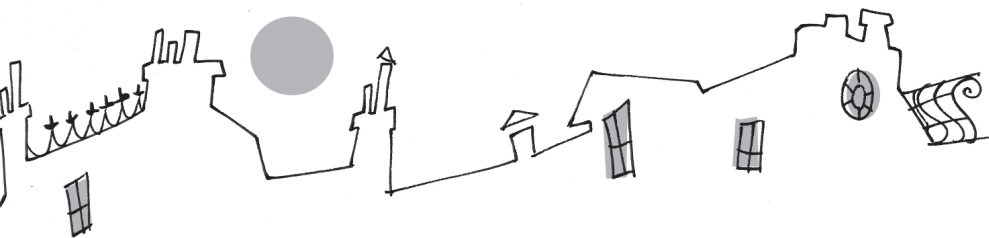
—Tú has llegado antes, pero ¡yo soy más rápido!

Harta de aquellos dos que siempre estaban peleándose, Josephine se fue dando un salto y cogió una rosa roja que colgaba del carrito.

—¿Lo veis? —maulló—. La flor puedo cogerla yo solita... Por cierto, ¿dónde está Ponpon?

Ah, sí, Ponpon. Desde que los felinos habían entrado en la feria, el minino se había esfumado.



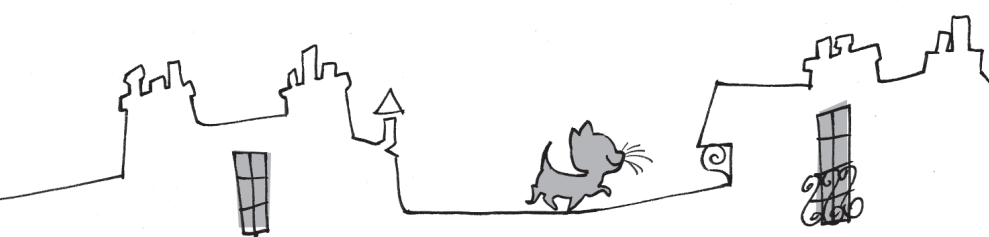


–¡Dividámonos y busquémoslo! –propuso Moonlight–. ¡Nos veremos después en la parada del tranvía!

Dicho esto, el gato arrancó a correr en medio del gentío y con su aguda vista de felino fue mirando rápidamente a un lado y a otro.

Pero ¡no había ni rastro de Ponpon! No estaba en la caseta de los ovillos de lana (con los que le encantaba jugar), ni en la de los sofás de época (tan tentadores para afilarse las uñas), ni en la de las cooperativas de lecherías.

Al final, preocupado, Moonlight salió del pabellón de la feria y... ¡allí, por fin, encontró a Ponpon! El minino estaba hecho un ovillo en la acera y miraba con atención a un vendedor de juguetes: el hombre tenía varias cometas a sus pies y estaba haciendo volar una muy bonita, de cuadros amarillos y verdes y una larga cola rosa.



Al lado de Ponpon, una decena de cachorros humanos observaban la escena boquiabiertos.

—¡Ponpon! —maulló Moonlight, cogiendo al minino por el pescuezo—. ¡Miaucachis!, ¿te parece bien desaparecer así? ¡Estábamos preocupados por ti!

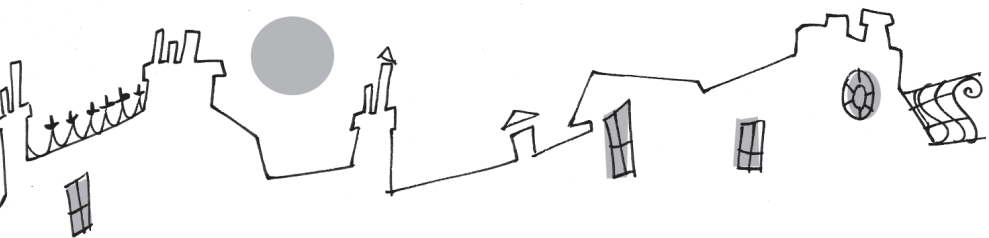
—Pero ¿has visto lo bonitas que son estas cometas? —respondió Ponpon—. Nunca había visto...

Justo entonces sopló una ráfaga de viento inesperada, mucho más fuerte que las anteriores, y el hilo de la cometa se rompió con un pequeño chasquido.

El vendedor y los niños exclamaron:

—¡Oh, nooo!

Ponpon y Moonlight, por su lado, se quedaron mirando hacia arriba aquella pícara cometa que ondeó por el cielo de un lado a



otro, bajó después rápidamente en picado y se empotró contra un gran cartel colgado en la fachada del Carreau du Temple. En el cartel ponía lo siguiente:

GRAN PREMIO

¡GORRINO DE ORO!

¡EL ÚLTIMO DÍA DE LA FERIA SE PREMIARÁ
LA MEJOR SALCHICHA DE FRANCIA!

¡NO FALTÉIS!

¡¡¡HABRÁ DEGUSTACIONES GRATIS!!!

—¿Has visto? —preguntó Ponpon, que como todos los gatos sabía leer a la perfección—. ¡Degustaciones gratis de salchichas! ¡Debemos decírselo a Dodó sin falta!

Mister Moonlight asintió mientras los bigotes le aleteaban. No sabía por qué, pero aquel cartel le había inquietado un poco...